

Lorenzo Marone

LA
TRISTEZA
TIENE
EL SUEÑO
LIGERO



HarperCollins
Narrativa

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La tristeza tiene el sueño ligero

Título original: La tristezza ha il sogno leggero

© Lorenzo Marone, 2018

Published & translated by arrangement with Meucci Agency - Milan

© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

© De la traducción del italiano, Ana Romeral

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Lookatcia.com

Imágenes de cubierta: Getty Images

ISBN: 978-84-9139-248-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Dedicatoria
Algo bueno
Como una zarigüeya
El árbol ha dado un solo fruto
La excomunión de Raffaele Gargiulo, alias mi padre
Mario y los superpoderes
Kant y la esperanza
Pequeña reflexión sobre la esperanza
¡Tachán!
Como en los viejos tiempos
Imprevistos y probabilidad
El Gaviscon en el bolsillo
Un «no sé» apenas audible
Una de las mejores expresiones lingüísticas de mi familia
El taquillero del castillo de Lord Sheidon
Los caballeros de la mesa redonda
Odio a tu madre
Los padres siempre vuelven
Giovannino y sus hermanos
Tucán
El accidente
Tengo que dar las gracias al rodeo
Ten dudas
Pequeña reflexión sobre dudar
Estatua de cera
Giulia y el desnudo
Entrada en el terreno de juego

Doscientas mil válidas razones
La batalla de Raffaele Gargiulo
La infantería contra el mundo
Los que sufren son estúpidos
Pequeña reflexión sobre el sufrimiento
Medio hijos
El sillón de polipiel del doctor lazeolla
Un gran timo
La belleza de los gestos humanos
Un insólito arrepentimiento
Como las ocas de los aristogatos
Demasiado delante
Anestias
Samuele es raro
No habrás pensado votar a Berlusconi, ¿verdad?
Intento inconsciente
Los que son como nosotros se contentan con la duda
La Moleskine
De la agenda que Matilde dejó a la mitad
El primer «no» a Matilde
La definitiva
El paso atrás
Pequeña reflexión sobre la perfección
Los secretos demasiado secretos
Créditos pendientes
Los sueños cuestan
Un primer balance
Las heridas se curan mientras vivimos
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
Una nueva mujer de la que depender
Al menos una vez en la vida
No soy alguien que hace gilipolleces
Tu hermano no puede estar sin ti
Algo muy de Erri
Deseos sin prospecto
Pequeña reflexión sobre la felicidad
Mario se cansa el primero
Un terrible peso

Seis meses para zarpar
Homo sapiens
Ochenta y un años es una edad muy respetable para morir
Entiendo poco de felicidad
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
Aquella tarde
Ya no me juego la vida
La mirada de admiración de una madre
Una visión desencantada
La mejor fantasía del mundo
La palabra adecuada es «aniquilación»
Pequeña reflexión sobre el perdón
El chi
Prepárate para lo peor
Yo, la oscuridad y Pearl Jam
Un buen abuelo
El poder de la hibernación
De hombre a hombre
Como una cabra
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
No me lo puedo permitir
El yo de Clara
Pequeña reflexión sobre los arrepentimientos
Un bote lleno de esqueletos de erizo
La danza de las pequeñas cosas
Sirio
No era voluntad, era miedo
Todos herimos y a todos nos hieren
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
Gambino me saluda desde lejos
Los buenos solo ganan en las novelas
El rey de los primogénitos
No tienes por qué hacer esa pregunta
Marta no se dejaba
De la agenda de Matilde dejada a la mitad
No será un medio hijo
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro...

*A mi hijo.
Nunca dejaré de contarte mis historias.
Ni de escuchar las tuyas.*

ALGO BUENO

Dicen que el carácter de una persona se forja en sus primerísimos años de vida. Son estos primeros años los que influyen en el resto. Una auténtica putada. Porque basta con que por un motivo u otro las cosas no vayan como tienen que ir para que estés jodido para siempre.

Te dan ganas de salir a buscar qué fue lo que te hizo ser como eres, qué acontecimiento provocó que, en determinado momento, te desviaras de tu camino. Con el tiempo, ese fatídico instante se pierde en los meandros de tu memoria y se vuelve casi imposible recuperarlo.

Quizá para los demás. No para mí. Estaba en el pasillo de casa, con mi madre a un lado y mi padre al otro. La crisis de mis padres venía de largo, pero aquella noche explotó con toda su fuerza y el tsunami fue devastador. A papá le tocó el sofá; a mí, en cambio, elegir. Y no precisamente quién de los dos tenía que acompañarme a la cama, sino a quién tenía que dar la espalda.

Mientras lloraba, ellos me decían que me tranquilizara, que no pasaba nada; pero yo sabía que no era así: si con cinco años te encuentras con que tienes que elegir entre tu madre y tu padre, no puede ser que todo vaya bien.

En aquel momento debería haber tomado la primera decisión importante de mi vida. En cambio, me acurruqué con la espalda contra la pared y cerré los ojos, a la espera de que uno de los dos viniera a por mí, mientras mi estómago bullía.

Han pasado treinta y cinco años, y mi pobre órgano no ha parado de hacerse notar, de reclamar algo bueno con lo que de verdad alimentarse.

COMO UNA ZARIGÜEYA

Hace un año, mi mujer Matilde volvió del trabajo y se me plantó delante. Yo estaba con el ordenador y solo le dirigí un rápido movimiento de cabeza.

—Erri —dijo la primera vez con voz glacial.

—Un momentito —respondí, volviendo a la pantalla.

Al día siguiente tenía una reunión importante en la oficina.

—Erri...

Alcé la mano con el índice en alto, como pidiendo otro segundo más de paciencia; pero a ella este gesto no le gustó para nada y me encontré mi pobre dedo apesado entre sus fauces.

¡Mi mujer me estaba mordiendo! Me di la vuelta, y habría soltado un grito de sorpresa y dolor si no me hubiera topado con sus ojos furibundos. Fue en ese instante, con una mano en su boca, cuando comprendí la terrible realidad: Matilde me odiaba.

Aún me persigue su mirada cargada de rabia; aún hoy, después de un año, tiene el poder de transportarme a los despiadados ojos de mi madre, cuando me acorralaba en un rincón, y con el cucharón trazaba parábolas destinadas a romperse contra el antebrazo que yo había adelantado para protegerme. Lo único, que yo era demasiado rápido y ella demasiado lenta, por lo que buena parte de sus trayectorias se hacían añicos en el vacío o contra la pared que había a mis espaldas, haciendo aumentar desmesuradamente el nivel de odio palpable en su mirada. Por suerte, en determinado momento me volví adulto y mi madre anciana, y aquella mirada desapareció de mi vida y de mis recuerdos.

Al menos hasta el año pasado, hasta que Matilde me aferró el índice entre sus dientes.

En cualquier caso, los años que había pasado huyendo de la ira desatenta de mi madre me habían entrenado, y la reacción fue instantánea: aparté la mano con un rápido movimiento y retrocedí hacia la pared, protegiéndome con el brazo estirado. Sin embargo, Matilde no me siguió como hacía mamá. Se quedó mirándome desde lejos. Cuando levanté la mirada, me crucé con su rostro embadurnado: la raya diluyéndose en una lágrima que le manchaba la mejilla, el pelo desgredado y el pintalabios corrido.

Debería haber dicho algo, algo que pudiera romper aquel silencio nauseabundo; pero me quedé callado. Como siempre.

Fue ella la que habló:

—Por lo menos ahora me escucharás.

Me acaricié la piel del índice, aún marcada por sus incisivos, y volví a mirarla. Había conseguido mi completa atención.

—Me estoy follando a Ghezzi —dijo sin ninguna modulación en la voz.

Silencio.

—¿Ghezzi? ¿Qué Ghezzi? ¿El encargado de *marketing*? ¿Pero no tiene sesenta años?

Fueron las únicas preguntas que se me ocurrieron.

Había tantos porqués, que podríamos habernos tirado así una semana, como el depredador que tiene que hacer salir una presa de la madriguera. En lugar de eso, con una ráfaga de preguntas idiotas había conseguido acallar todas aquellas inteligentes que me revolvían el estómago, al igual que todas las posibles respuestas de mi mujer.

—¿Has entendido lo que te he dicho? Me estoy follando a otro.

Pero yo no tenía fuerzas para hablar, no tenía valor para elegir saber. Así que ella prosiguió:

—Hace dos meses que me lo follo.

Había repetido «follo» tres veces en un minuto; ella, que en los anteriores quince años de coqueteo se había valido

del verbo «follar» solo una vez, en el momento álgido de una de nuestras relaciones «programadas», como las llamaban los médicos.

Durante varios años las relaciones programadas minaron nuestra vida sexual, sepultando el deseo de ambos. Básicamente, era su ginecólogo el que decidía cuándo debíamos «follar»; el que se divertía buscando los horarios y las situaciones más alucinantes, como aquella vez en la que tuve que alcanzar la erección en el baño del Frecciarossa[1], porque Matilde estaba ovulando y para llegar a Nápoles faltaban todavía cuatro horas. En cambio, cuando tenía suerte, ella me llamaba a la oficina y yo corría a casa, me aflojaba la corbata, me bajaba los pantalones y me acercaba a ella, que la mayoría de las veces se encontraba ya encima de la mesa de la cocina. Y fue precisamente en una de estas ocasiones cuando Matilde dejó escapar el grito en cuestión, un grito prolongado, inhumano, liberador y animalesco, que me rogaba que la follara sin parar, como una zarigüeya.

Con frecuencia me he preguntado si la zarigüeya es un gran amante o un fiel servidor.

Pero volvamos a aquella noche. Nos quedamos mirándonos un rato que me pareció infinito. Luego Matilde se quitó la falda, las bragas, la camiseta y el sujetador, y se quedó desnuda enfrente de mí. Estaba tan atontado por años de relaciones programadas que solo se me ocurrió preguntarle una cosa.

—¿Estás ovulando?

Ella cerró los ojos y puso cara de asco. Entonces dio media vuelta y, sin decir palabra, se dirigió hacia el baño. Mientras oía el chorro de agua que, me imagino, borraba de su piel la babosa saliva de Ghezzi, y miraba su ropa esparcida por el suelo, debería haber hecho varias cosas: ir corriendo al baño y echarle en cara mi resentimiento. O, quizá, debería haber cogido la maleta de encima del armario y llenarla con las pocas cosas que habría necesitado para la noche. O mejor aún, debería haber hecho que ella se

encontrara la maleta ya lista e invitarla a que se fuera para siempre.

En lugar de eso, me acurruqué con la espalda contra la pared y esperé una vez más a que fuera otro el que decidiera mi vida.

[1] Tren de alta velocidad italiano. (N. de la T.)

EL ÁRBOL HA DADO UN SOLO FRUTO

Me he pasado la vida rodeado de mujeres sin aprender nada. No sé llegar tarde; todas las veces me preparo, miro el reloj, me digo que es pronto y que es mejor esperar un poco más, para al final salir igualmente y presentarme, como siempre, antes de tiempo. Es inútil, soy un cagaprisas crónico. Por eso, cuando mi madre abre la puerta, me basta echar un vistazo para entender que aún no ha llegado nadie, y una sensación de malestar empieza a oprimirme el pecho.

Ella parece darse cuenta, deja de sonreírme y pregunta: «Erri, ¿qué pasa? Estás un poco pálido».

Es su manera de darme la bienvenida. «¡Llevo pálido toda la vida, mamá! —así debería responderle—. Fuiste tú la que me hizo con esta especie de papel maché mojado que tengo por piel».

En cambio, me quito la cazadora y voy a la cocina, donde una mujer asiática que no conozco está cogiendo los platos de un armario. Nada más verme para y me sonrío, pero yo no le devuelvo la sonrisa, hago solo un imperceptible movimiento de cabeza y abro el frigo que, como de costumbre, está lleno de comida. Si lo comparo con el mío, me entra vértigo; así que agarro el primer zumo que pillo, miro la etiqueta, y no puedo reprimir un gesto de chasco o, mejor dicho, de decepción. Con cuarenta años, mi cerebro todavía no ha perdido la agotadora costumbre de producir dolor a través de *flashbacks* inesperados.

Desde pequeño soy alérgico al melocotón; pero, a pesar de ello, el frigo de casa Ferrara siempre ha sido un canto a los zumos de melocotón, los preferidos de mi hermano Giovanni, el último en llegar, aquel que puede con todo,

porque todo se le permite. Y aunque ahora vive con su mujer, nuestra madre continúa impertérrita comprando una botella de zumo de melocotón para cuando venga su «Giovannino».

Vuelvo a meter la botella en el frigo y busco otra bebida. Hay solo un cartón de zumo de mango sin azúcares añadidos. ¡Como no podía ser de otra manera! Algún día grabarán la siguiente frase en la lápida de mi madre: *Dedicó su vida a combatir el azúcar*. En casa Ferrara nunca entró la Coca-Cola, ni siquiera los bollos, las galletas o la Nutella. Todo prohibido; al igual que la televisión, que podíamos ver solo de dos a tres, antes de los deberes.

Abro el cartón y el olor a mango invade mis fosas nasales. No es que me encante la fruta tropical: hace tiempo, mi madre me hinchaba a plátanos; hoy, con solo sentir su olor, me entran ganas de vomitar. Al principio, Matilde volvía siempre del supermercado con un bonito racimo de plátanos con la etiqueta azul, los colocaba en la cesta del centro de mesa y los dejaba allí a que se pudrieran. Si le decía: «Perdona, pero ¿por qué los compras si no te los comes?», ella respondía que en el centro de mesa el amarillo combinaba bien con el rojo de las manzanas.

Mi mujer se parece un poco a mi madre. Valerio (mi otro hermano) me repetía una y otra vez que había sido capaz de ponerme bajo el mando de un nuevo superior, como si mis primeros veintiséis años de vida no me hubieran bastado para comprender que necesitaba cualquier cosa menos un jefe.

Me sirvo el zumo y me acomodo en la mesa de la cocina, con los pies sobre una silla, mirando a la asistenta que sigue apilando los platos para la cena. Esta noche nos han reunido a todos bajo la explícita invitación de nuestra madre y Mario, que tienen algo importante que decirnos. Por un momento pensé que tendrían que anunciarnos la llegada de una nueva sobrina después de Renata, la hija de Giovannino, que se llama como su abuela, como nuestra madre. Normalmente es a los padres a los que se homenajea de esta forma, pero en mi familia el problema es que se ne-

cesitarían al menos dos sobrinos para satisfacer a otros tantos padres.

Aquella noche de hace treinta y siete años fue mi madre la primera en cogerme de la mano y en acompañarme a la cama. Papá se quedó un rato de pie en el umbral del salón; después se tiró en el sofá, donde se quedó más de un mes, al término del cual hizo las maletas y se marchó. Cinco años después llegó el divorcio. Que sin duda no fue lo más traumático de mi infancia. De hecho, unos años después de la separación llegaron en rápida sucesión mi hermano Valerio, mi hermana Flor y el pequeño Giovannino. Ninguno de ellos era hijo de mis dos padres.

Aquel árbol podrido dio un solo fruto antes de secarse.

LA EXCOMUNIÓN DE RAFFAELE GARGIULO, ALIAS MI PADRE

Mario Ferrara, el marido de mi madre, el padre de Valerio y Giovanni, o sea, mi padrastro (aunque me resulte difícil definirlo así) tiene setenta y seis años, es más alto que yo, pesa ciento veinte kilos, y tiene una larga y poblada barba blanca como la de Papá Noel. Es la imagen del padre perfecto y, a decir verdad, lo es. Al menos en lo que a mí respecta; especialmente si lo comparo con mi verdadero padre, que se llama Raffaele, tiene seis años menos que Mario y está delgado como un fideo. Mario es también mi padrino, el que me acompañó a la pila bautismal cuando, con doce años, poco después del nacimiento de Giovanni, decidí que me bautizaran. En mi familia era el único que no estaba bautizado, porque en su día mi padre había zanjado el tema sosteniendo que sería yo, el día de mañana, el que decidiera mi futuro.

Odia la Iglesia, y aún a día de hoy, en su dormitorio, campean dos cuadros: el primero es el decreto de 1949, por el cual el Santo Oficio excomulgaba a los comunistas; el segundo es su propia excomunión de hace unos años. De esta última, en particular, está muy orgulloso, y con frecuencia lo he oído reflexionar en voz alta sobre la posibilidad de llevar el cuadro al salón; lo que pasa es que su segunda mujer no ha querido saber nunca nada del tema.

En determinado momento, papá cogió papel y lápiz y escribió una carta a mano a la curia, rogando (por usar un eufemismo) al papa en persona que lo desbautizara con efecto inmediato. Durante unos meses no se supo nada, y cada vez que él hablaba de ello yo asentía, como se hace con un viejo tío chocho. Sin embargo, al poco, llegó la tan espera-